

EL GENERAL QUINTANILLA,
BRILLANTE DEFENSOR DE LA
CAUSA ESPAÑOLA EN CHILOE

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de Navío (R.) Armada de Chile
Del Inst. de Chile - Acad. Chilena de la Hist.



OR INTERMEDIO de los órganos periódicos, el país se ha impuesto de la celebración de un acontecimiento histórico de gran relieve: el 22 de enero del presente año se cumplió un sesquicentenario desde que el archipiélago de Chiloé fue incorporado definitivamente al patrimonio de Chile.

Es muy sencillo recurrir a cualquier texto de historia de Chile para conocer los pormenores de cuanto ocurrió en la gesta emancipadora que se relacione con Chiloé, de cómo allí se organizaban las expediciones contra el movimiento de liberación, se reclutaban las tropas, y sus puertos —especialmente San Carlos de Ancud— eran puntos obligados de descanso de esas tripulaciones que llegaban extenuadas después de un largo y penoso viaje desde la metrópoli hasta estos remotos lugares, después de doblar el temible Cabo de Hornos. Pero lo que

no resulta sencillo es biografiar al más famoso de los gobernadores que el rey de España mantuvo en el archipiélago cuidando los intereses de la Corona, pues la documentación existente es escasa, a veces de difícil acceso o de prolongada rebusca en bibliotecas, lo que obliga a un trabajo lento y no siempre acucioso, que por lo general se remite a la reproducción fiel o levemente acomodada de algún historiador serio y no a una investigación severa que procure agotar cuanto la historia haya recogido verazmente de un determinado personaje importante, llegándose por lo general al refrito, por ausencia de documentación verdaderamente auténtica y valedera.

Este es el caso preciso de don Antonio de Quintanilla y Santiago, de quien se conserva una valiosa autobiografía y alguna documentación poco difundida acerca de sus coetáneos o por ellos mismos.

De esta autobiografía, de los trabajos de Barros Arana, Vicuña Mackenna, Pe-

dro Barrientos, Isidoro Vásquez de Acuña, Fernando Campos Harriet, el erudito escritor español don Mariano Torrente y otros, hemos pergeñado algunos trazos de la brillante personalidad de este egregio militar santanderino, adalid de la lealtad a su patria y a su rey, orgullo de las armas españolas —que no es decir poco— y ejemplo de tenacidad en una lucha por una causa que creía santa.

Este hombre excepcional nació el 14 de noviembre de 1787, de padres pertenecientes a la rancia nobleza española —pero sin el dinero que todo o casi todo lo puede, lo dignifica o emplebecece moralmente— en Pámanes, del partido judicial de la Junta de Cudeyo en la merindad de la comarca de Santander. Hoy esta región corresponde a los partidos judiciales de Laredo y Santoña.

En su autobiografía dice: "Yo fui destinado por mis padres, después de las primeras letras, al estudio de la latinidad, siendo el pensamiento de ellos que algún día fuera eclesiástico; pero no llamándome la vocación a este estado, mi aplicación al latín me era repugnante y adelantaba muy poco, sin embargo, ya traducía regularmente los autores que se enseñaban en el Estudio de Solares".

Había, pues, en el niño, falta absoluta de vocación, y tal como todos los infantes de la época, era una de las tantas víctimas de la absurda e inveterada costumbre de seguir la voluntad de sus progenitores, de ser entregados a la milicia, al clero o a las escribanías. Se casaban según el parecer de sus mayores, aunque los contrayentes venían a conocerse sólo uno o dos días antes de su unión. Singulares costumbres, hoy ¡a Dios gracias!, prácticamente abolidas. Ellos debían aceptar, complacidos o no, la voluntad de sus mayores, quienes, normalmente de buena fe, deseaban lo mejor para sus hijos o para perpetuar o mejorar el linaje.

Afortunadamente para nuestro personaje, sus padres comprendieron su falta de vocación sacerdotal y aprovecharon la oportunidad del regreso de uno de sus primos al Reino de Chile para enviar allí al joven Antonio, de sólo 14 años de edad, a buscar nuevos horizontes. En un principio, el niño Antonio se dedicó al comercio en Santiago y luego en Concep-

ción, ciudades donde la influencia realista era primordial y dominante. Pero pronto vino el movimiento emancipador de 1810 y años posteriores y Antonio de Quintanilla, español de cepa, tomó las armas de los partidarios del rey, como lo dictaba honestamente su conciencia y su patriótica ideología. El no podía comprender por qué si el rey Fernando se encontraba preso de las huestes napoleónicas, las colonias españolas habrían de aprovechar la coyuntura para separarse de un gobierno que, a su juicio, no tenía fallas considerables. Pero su patriotismo español lo cegaba. La independencia surgió como algo fundamental, inevitable y absolutamente necesario antes que viniera la anarquía política inminente y que, si surgió después, fue por un mal entendimiento; pero ya no por discusiones monárquico-libertarias, sino por la debilidad, carácter o sentir de los seres humanos que se vieron envueltos en las circunstancias que el momento exigía.

Hacer una biografía completa de don Antonio de Quintanilla, que pueda satisfacer a nuestros lectores, es del todo imposible, pues ello significaría no un artículo para esta revista sino todo un texto y ello, obviamente, no corresponde a nuestra publicación. Habremos de limitarnos por ello, sólo a ciertas fases que no se salen del aspecto medular de nuestro objeto. Pues bien, de muchacho llegado a Chile para dedicarse a la vida comercial, Antonio de Quintanilla —quitándole el "don", por su juventud y cargos subalternos— se enroló en el ejército del rey, como subteniente de infantería, agregado al batallón de Valdivia, donde le tocó en gracia ser designado ayudante de órdenes del general don Antonio Pareja y Serrano, en 1813, en la ciudad de Concepción, cuando el virrey del Perú envió a este brigadier para reclutar gente en Chiloé, entre los baluartes españoles de Chile, para someter a nuestro país y a la Argentina al antiguo régimen.

Nuestro distinguido y documentado historiador, ex auditor de la Armada, Fernando Campos Harriet, ha dicho con absoluta justeza: "El destino tiene sorpresas increíbles; abre inesperadamente caminos desconocidos; empuja al hombre como a la nave el viento sobre la vela; le señala de pronto el puerto de arriba-

da. Aquel pacífico comerciante que fue enrolado de mala gana, con la condición de servir dos meses una profesión que le era desconocida, iba a servir en Chile durante 13 años la causa del rey o sea, hasta enero de 1826 y ser uno de sus más bravos, infatigables e intrépidos capitanes, el último de los gobernadores reales en Sudamérica, el más noble y digno defensor de la bandera de España".

El 6 de marzo de 1813, cuando las fuerzas realistas de Pareja dispersaron a las huestes de Carrera en San Carlos, Quintanilla fue herido y su cara quedó marcada para siempre. Los independentes o insurgentes, como les llamaban las fuerzas realistas, despojaron de sus bienes a los partidarios del rey y así Quintanilla, en un mes de servicio, se vio pobre y herido, como tantos otros soldados y oficiales adictos al cautivo monarca. Dice en su autobiografía: "Todo faltaba, menos la decisión por el rey de España".

Nuestro hombre tuvo acción directa hacia el norte en todas las acciones militares y estuvo en la vanguardia de la batalla de Rancagua y, por lo tanto, en la persecución de O'Higgins en los aciagos primeros dos días de octubre de 1814. Así pues, pudo conocer de cerca la extraordinaria calidad militar de O'Higgins y guardó por él siempre un profundo respeto y admiración como hombre de valor y entereza. En la persecución de las tropas patriotas, llegó hasta la Angostura de Paine, desde donde, al no hallar antagonista, se dirigió a Santiago, donde tuvo el honor de ser el primero en ocupar la ciudad, para preparar la entrada del general Mariano Osorio.

Vino luego la tremenda reacción de las fuerzas que procuraban la independencia y se libró la singular batalla de Chacabuco, con el triunfo indiscutible de las armas independientes.

Don Antonio de Quintanilla —ahora le devolvemos el "don"— se fue al Perú, donde el 20 de marzo de 1817 el virrey don Joaquín de la Pezuela tenía un dilema que dilucidar: nombrar en Chiloé un buen gobernante y un buen militar, pues el gobernador del archipiélago, hombre de pro, pero de carácter quizás demasiado suave y de espíritu poco belicoso, había presentado su renuncia al

cargo ante el peso de las grandes responsabilidades y exigencias de esa plaza. En efecto, el gobernador, don José Ignacio Justis (Yusti por otros historiadores) no reunía las cualidades necesarias en los tiempos que corrían y Pezuela vio en Quintanilla el hombre preciso para reemplazarlo y así lo hizo en la fecha que antes mencionamos.

En ese tiempo, Quintanilla era coronel y comandante del escuadrón de Carabineros de Abascal y gozaba de gran prestigio militar y a fines de 1817 llegaba al archipiélago, tomando posesión del mando de esa región casi totalmente insular.

En el año en que asumió la gobernación, la población de Chiloé bordeaba los 40.000 habitantes, de los cuales se consideraba como indios civilizados una tercera parte, quienes no empuñaban armas. Desde la expedición de Pareja en 1813 se notaba la falta de brazos, por cuanto de los reclutados por éste, en su mayoría aún no habían regresado. En consecuencia, no contaba Quintanilla con soldados veteranos y sí sólo con unas milicias para la atención militar y de vigilancia de San Carlos, quienes se relevarían mensualmente para su mejor manutención por sí mismos, por cuanto no había fondos para ello. Su armamento consistía en unos 300 fusiles viejos y unos pocos cañones que Pareja había desechado por inútiles. En la Tesorería no había un real, pero Quintanilla no se arredró. A la sazón era ayudante mayor de la plaza de San Carlos don José Hurtado, con quien Quintanilla hizo la primera campaña en el norte. Con su estuquista ayuda, el nuevo gobernador procedió a levantar y equipar un batallón de milicias, pues jamás se desalentó. Su cariño a la causa que defendía pudo tanto en él que no tuvo inconveniente en desprenderse del dinero personal que trajo de Lima para sus propios gastos y ganado honradamente por sus excelentes servicios al rey de España.

A Quintanilla no le desalentaban los obstáculos. Siempre les hizo frente como hombre cabal que era. Mientras se preocupaba de sus soldados y los adiestraba en el manejo de las armas, le llegó a San Carlos de Ancud un auxilio en dinero y cinco oficiales españoles como

instructores, entre ellos el teniente Saturnino García, que puso al frente del batallón de milicias. Los cuatro restantes los distribuyó el gobernador en diversos puertos de la provincia.

Mientras Quintanilla preparaba la resistencia de Chiloé, lugar cuya posición estratégica era clave por su privilegiada geografía, su aislamiento del teatro general de guerra, que le permitía ser una buena base logística, atacable sólo por el mar por su condición insular, los patriotas chilenos consideraban asegurada su libertad con el triunfo de Chacabuco y posteriormente Maipú.

Después de Chacabuco, Chiloé quedó más aislado que nunca y el bravo Quintanilla hubo de sufrir una sedición planeada para matarlo, en un incendio provocado en San Carlos, que destruyó cuarenta casas. Sin embargo, gracias a sus leales, sofocó el conato subversivo y aplicó el rigor de la ley a los culpables ahorcando a cinco de ellos.

Venciendo todas estas dificultades Quintanilla se sobrepuso y mediante levas entre los chilotes pudo incluso enviar a Talcahuano dos compañías para su defensa, a principios de 1818, tropas pedidas por el brigadier Ordóñez.

En octubre de 1818 recibió un pequeño refuerzo de tropa y armamento. Así, don Antonio de Quintanilla y los suyos lograron transformar la Isla Grande en un baluarte de significación y el gobernador había mejorado ostensiblemente la defensa de San Carlos de Ancud y, entre los fuertes de Corona y San Miguel de Agüi, mantenía adiestrados mil hombres de línea, numerosas milicias y buena artillería.

Cochrane, que después de su increíble éxito en Corral y Valdivia, el 3 de febrero de 1820, prodigio que no bastó al preclaro almirante, se había propuesto repetir tal acción militar en Chiloé, logró desembarcar con cerca de 200 hombres, el 17 de ese mismo mes en la bahía de Huechucúicuy y tuvo inicialmente un éxito relativo, pero las huestes de Quintanilla hirieron a Miller y dejaron treinta y ocho hombres fuera de combate y el desembarco fracasó, debiendo las tropas reembarcarse. El gobernador Quintanilla

se anotó un indiscutible triunfo, nada menos que sobre uno de los hombres de guerra más capaces de la época, pero que con tan poca tropa no podía repetir el milagro de Corral y Valdivia ante una fuerza de fanatizados realistas que más que lo quintuplicaban en número.

El Director Supremo O'Higgins, entretanto, estaba incapacitado para enviar una expedición a Chiloé, pues su ejército y escuadra se hallaban empeñados en empresas más urgentes —la expedición libertadora del Perú—. En tal virtud, decidió emplear la diplomacia y envió en el "Galvarino" al coronel Lantaño como parlamentario. Este conocía a Quintanilla, pues había peleado a su lado. Se cambiaron amables y corteses misivas, pero Quintanilla se mantuvo firme en su posición de no entregar su bastión, pues estaba convencido que pronto le llegarían refuerzos de la Península o del Perú.

O'Higgins, junto con enviar al "Galvarino" en misión diplomática, se preocupó de organizar una expedición para liberar el archipiélago. Pero lo hizo muy tarde, en abril de 1822, al mando de Beauchef y Carlos Wooster como jefe de la "Lautaro" y "Chacabuco". El mal tiempo apoyó a Quintanilla y la expedición fracasó. Sólo se pudo mantener en adelante un bloqueo con el "Galvarino" y la corbeta "Voltaire", mientras Quintanilla organizaba corsarios, entre ellos el "General Quintanilla", capitaneado por el pirata Maineri y el "General Valdés" por el capitán Michel, quienes hicieron varias correrías exitosas contra las comunicaciones marítimas de los independentes.

Freire, en 1824, decidió emprender una nueva expedición a Chiloé dejando desembarcar a Beauchef en Dalcahue, pero éste fue detenido en las ciénagas de Mocopulli en una victoria a lo Pirro, mientras la corbeta "Voltaire", en un temporal, fue arrastrada por el viento y la corriente y se estrelló en Carelmapu. Nuevo fracaso y Freire reembarcó sus tropas en abril.

La llegada a Chiloé del navío "Asia" y el bergantín "Aguiles" levantó el ánimo y dio nuevas esperanzas al diligente gobernador, pero, para desgracia suya, el

corsario "General Quintanilla" fue capturado y los otros buques, después de un tiempo, siguieron hacia el norte. Además el 9 de diciembre de 1824 la batalla de Ayacucho sellaba la suerte de España en Sudamérica. Esto se supo en Ancud en febrero de 1825 y cundió el decaimiento. Hasta hubo una conspiración de los capitanes Pérez y Velásquez, quienes estuvieron a punto de derrocar a Quintanilla. Pero, descubierto el movimiento subversivo por los propios soldados, el gobernador fue liberado. Era éste un hombre de tal ascendiente sobre sus hombres que podía contar con su lealtad. No obstante, había desaliento y falta de provisiones, tras tan dura, penosa y larga resistencia. No se veía una solución.

A todo esto, la flotilla española capitaneada por el "Asia" sufrió un amotinamiento en la isla de Guam y el bergantín "Aguiles" se entregó a Chile, llegando a Valparaíso el 23 de junio de 1825. Los otros buques se entregaron a México. Rodil, el gran defensor de los castillos de El Callao, estaba en muy precarias condiciones a principios de 1826 y era inminente su caída por el hambre provocada por el bloqueo. (Cayó el 22 de enero). Sólo quedaba el reducto de Chiloé, cuya independencia era fundamental para la libertad de América del Sur. Ya el 16 de Octubre de 1825 Bolívar escribía a Blanco Encalada —a la sazón bloqueando El Callao al mando de la escuadra aliada chileno-peruano-colombiana— el interés de conquistar pronto Chiloé y más tarde decía que si Chile no se apresuraba en hacerlo, sería él quien lo ocuparía con sus tropas y lo incorporaría al Perú, en un rasgo de arrogancia muy propio de quien iba jalonando su carrera de triunfo en triunfo.

El gobierno de Chile pide a Bolívar el regreso de Blanco y monta una nueva expedición a Chiloé, que resulta decisiva, con los combates de Pudeto y Bellavista, que no relataremos para no prolongar nuestro relato biográfico.

Quintanilla, ante la obligada retirada de sus tropas, que se consideraban defraudadas de sus esperanzas, decidió capitular y dar por terminada una guerra mediante un arreglo honroso, redactando una nota que envió a Freire en la cual proponía un armisticio por el térmi-

no de tres días. Freire aceptó de inmediato y trasladándose a Tantauco concertó las bases del armisticio. Agregó una carta muy atenta ofreciendo al diligente, hábil y esforzado jefe español las seguridades de su amistad, mientras éste permaneciese en San Carlos de Ancud o en cualquier otra parte de Chile.

El armisticio se celebró en Tantauco el 18 de enero de 1826, siendo ratificado por Freire el 18 de ese mes. El día 22 de enero de 1826 se juró la independencia de Chiloé, como parte integrante de la República de Chile.

Freire cumplió religiosamente el Tratado, siendo clemente y caballeroso, no sólo con los vencidos, sino también con ciertos militares que por "su pasada conducta merecían castigos severos".

Todos los historiadores están contestes en la heroica y bizarra conducta de esos hombres que defendieron tesonamente ese archipiélago en beneficio de su amado rey. Don Mariano Torrente, brillante escritor hispano, señala: "Así sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fue sostenida la autoridad real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses y once días después de la batalla de Ayacucho y virtualmente el mismo día en que Rodil rendía sus pendones en El Callao" . . . "Nueve años de una guerra activa y penosa, nueve años de continuas privaciones y duros padecimientos, nueve años, en fin, durante los cuales ha quedado bien acrisolada la decisión, bizarría y heroísmo de los jefes peninsulares, y la lealtad, constancia y sufrimientos de dichos chilotes forman el mejor panegírico de todos los individuos que han tenido una parte activa en tan gloriosa defensa".

Quintanilla estaba íntimamente ligado a sus gobernados, pues casó con doña Antonia Alvarez y Garay, joven criolla oriunda de la región, que tenía apenas dieciséis años, perteneciente a la más rancia aristocracia de esas islas. El matrimonio se hizo bajo licencia provisional del virrey del Perú (que vino a ser confirmada por el Consejo Superior de Guerra y Marina el 21 de diciembre de 1829, cuando Quintanilla ya estaba en España) y tuvo dos hijos chilotes.

Hechas las capitulaciones, el brigadier don Antonio de Quintanilla (ahora todo un "don" legítimo y merecedor de cual-

quier rango honorífico) convivió con los patriotas vencedores. Allí se les recibió a él, su distinguida esposa e hijos con la acogida más generosa y, si se quiere, cariñosa. Comían diariamente en la mesa del Estado Mayor, conversaban con los oficiales chilenos, muchos de los cuales habían peleado juntos por una causa que a la larga fue perdida y fueron compañeros de juventud; él les recordaba las incidencias de la guerra, sus terribles dificultades para soportar la soledad y el aislamiento y con un cariño profundo y sincero hablaba de esta tierra que le había sido tan querida y debía abandonar para siempre.

En sus conversaciones jamás se notó la menor vacilación hacia el bando realista, al cual era un convencido adepto. Se le hicieron incontables ofrecimientos para que se estableciera en Chile y él se rehusó cortésmente por cuanto su mayor anhelo era regresar a España, la tierra de sus mayores, aun cuando le era particularmente nostálgico dejar Chiloé, su archipiélago querido, donde obtuvo sus mayores satisfacciones.

Como gozaba de la más absoluta libertad, estando en Valparaíso conoció al almirante francés Rosamel, quien le dio pasaje a él, su esposa e hijos, para regresar a España. Cuando se iba, al pasar por última vez frente a las costas de Chiloé, Quintanilla, el hombre de hierro, sintió la emoción inenarrable de dejar unas islas donde se prestigió, encontró a la compañera de su vida y nacieron sus hijos; saludó militarmente la tierra de sus amores y siguió al Cabo de Hornos para regresar a España.

Don Antonio llegó a su patria en un momento poco favorable, pues los jefes y oficiales españoles que pelearon en América eran objeto de una ingrata prevención: se les acusaba de haber vendido la causa del rey en el Perú. No obstante, en el principio, se hacía distinción entre quienes capitularon en Ayacucho y aquellos que defendieron tenazmente El Callao y Chiloé. Sin embargo, con el tiempo la exaltación popular española y las pasiones políticas los confundieron a todos en un solo crisol y de nada sirvieron los eximios servicios y grandes méritos del brigadier Quintanilla y con esa crítica injusta que hacen los hombres que nada saben o de nada entienden, porque

no han tomado parte en los hechos y no saben de las responsabilidades de los verdaderos actores, el limpio nombre de ese hombre de excepción fue presa del furor de los fanáticos irresponsables y cayó dentro de aquella masa de soldados denominados despectivamente "los de Ayacucho", apodo ofensivo que se daba en España a los militares que habían tenido la desgracia de ser derrotados en América. ¡Cómo si una honrosa derrota fuera un baldón! A tal extremo llegaban y aún llegan las pasiones humanas. El populacho pide sólo héroes vencedores y sanción a los vencidos. Sólo los cuerdos y equilibrados mentales pueden entender que en la guerra se juegan muchos factores: si éstos son favorables, viene la victoria; si no lo son, es obvio que ocurre el fracaso; pero las turbas inconscientes y aún los políticos interesados o fanáticos no entienden nada que sea contrario a sus ideas o conveniencias personales.

Ante estas injustas opiniones, ese gran patriota español que fue don Antonio de Quintanilla (y ahora le vale más que nunca el "don" en el sentido honorífico) hubo de justificar su conducta presentando al gobierno en 1828 una memoria donde relataba su defensa de Chiloé, documento que ha sido ampliamente utilizado por sus grandes admiradores en España, especialmente el general García Gamba y el erudito Mariano Torrente, para hacer cumplida justicia a la honestidad, virtud, equidad y lealtad de este hombre tan valioso, capaz y patriota como pocos. Su figura, de gran relieve, no podía caer en el olvido y España fue justa. El 17 de diciembre de 1830, Quintanilla fue nombrado mariscal de campo, llegando al más alto grado de su carrera. Ocupó varios cargos civiles y militares importantes en Madrid, Murcia y Cataluña, siendo dos veces gobernador de Tarragona.

En los acontecimientos políticos que enturbiaron la paz de España, la guerra carlista, Quintanilla abrazó la causa de la reina Isabel II.

Desde 1847 se retiró a Santander, de donde era oriunda su familia. Allí fijó su hogar y en la tranquilidad de sus últimos años escribió una rápida reseña de los sucesos revolucionarios de Chile hasta 1817. Allí en su retiro fue visitado por don José Manuel Borgoño, enviado por

Chile para celebrar un tratado de paz y amistad con España. Durante su permanencia allá, Borgoño, antiguo contendor del defensor de Chiloé, reanudó sus relaciones con el mariscal y recibió de éste, a su partida de regreso a Chile, como recuerdo de vieja amistad, como obsequio, su Memoria.

Los últimos años de tan preclaro militar tuvieron dos motivos de profunda amargura. El primero, la muerte de su esposa, el año 1858, quien lo acompañó en todos los momentos de su vida, en los exitosos y de alta consideración militar y en aquellos cuando la torpeza popular y política fanatizada pretendió enlodar su limpia carrera militar, y el segundo, en 1860, cuando su hijo Antonio de Quintanilla y Alvarez se incorporó a un conato de insurrección carlista, de marzo de ese año, encabezada por el general Ortega y estuvo a punto de ser fusilado; pero su vida fue perdonada por la reina Isabel II en atención a los méritos de su padre en las guerras de América.

Estos actos contristaron sobremanera al viejo y tenaz defensor de los fueros peninsulares en Chiloé y le amargaron sus últimos días. Murió en Madrid en 1863.

Ese fue, a grandes rasgos, don Antonio de Quintanilla y Santiago, noble español por abolengo y por sus virtudes

militares y gobernante ejemplar de un archipiélago extenso, aislado y sujeto a sus propios recursos, quien dio uno de los ejemplos más claros y dignificantes al soberano a quien servía. Vivió y murió fiel a la corona de España, no obstante la ingratitud que hubo de soportar, pero que, al fin, fue recompensado por sus altos méritos, aunque tardíamente reconocidos. ¡Brillante ejemplo de Quijote de pura cepa, que viven y mueren por un ideal, no importándole reconocimiento alguno, pero para quienes su patria o las responsabilidades adquiridas son tan sagradas como el Evangelio! ¡Dios quiera que se repitan en la Historia casos similares!

Bibliografía:

- El General Quintanilla y la defensa real de Chiloé— Isidoro Vásquez de Acuña— "El Mercurio" de Santiago.
- Historia General de Chile— Barros Arana, Tomo XIV.
- Historia de Chiloé— Pedro J. Barrientos Díaz, 1948.
- La Armada de Chile desde la Alborada al Sesquicentenario— Rodrigo Fuenzalida Bade, 1975.
- La guerra a muerte— Benjamín Vicuña Mackenna.
- Memorias— Autobiografía de Antonio de Quintanilla.

